

FRANK LLOYD WRIGHT: EL FUTURO DE LA ARQUITECTURA

Barcelona: Poseidon, 1978, segunda edición. 282 páginas, formato 15x21 cm. ISBN 84-85083-08-3

Alfonso Díaz Segura (<https://orcid.org/0000-0002-1424-3068>)

Dr. Arquitecto. Escuela Superior de Enseñanzas Técnicas. Universidad CEU Cardenal Herrera-CEU Universities. Valencia, España.

Persona de contacto: alfonsodiaz@uchceu.es.

“**U**n hombre educado mucho más allá de su capacidad” es la definición de *pedante* que Wright pone en boca de Louis Sullivan, su *Lieber Meister*, durante la primera de las charlas sobre arquitectura orgánica que imparte en 1939 en el RIBA, en Londres. Desde luego, no es mi intención ser pedante ni parecerlo, por cuanto de perjuicio propio y ajeno tiene. Por un lado, aburriría irremediabilmente al lector y, por otro, acabaría cuestionando indirectamente mi propia capacidad. Así que intentaré ser claro y directo, hablando básicamente de dos cuestiones: el propio libro como objeto en su contexto y el sentido general del contenido dentro del pensamiento de Frank Lloyd Wright.

El futuro de la arquitectura es una compilación de artículos y conferencias de F. L. Wright publicado por primera vez en 1953 por Horizon Press. El formato original era casi cuadrado, de 20 × 25 cm y encuadrado en tapa dura de tela. Estaba ilustrado con 44 imágenes en blanco y negro —32 de edificios y 12 de las manos del propio Wright explicando sus conceptos arquitectónicos—, casi todas ellas de página completa, excepto las de las manos, que se presentaban en series de tres pequeñas imágenes, casi como una secuencia cinematográfica. Fue reeditado en varias ocasiones por la misma editorial y por otras como Plume, Mentor o The Architectural Press. La versión española se tradujo en 1957 por la editorial Poseidón, que más tarde publicó una nueva edición en 1978 y una última disponible actualmente en formato de bolsillo.

Wright fue un prolífico arquitecto en todas las facetas, con casi cuatrocientas obras construidas y una decena de libros publicados que versan en su mayoría sobre los mismos temas, tratando en cada intento, ya sea en lo escrito o en lo construido, de confirmar y clarificar aquellas certezas que defendía. Entre sus libros más conocidos se encuentran *An Autobiography* (publicada en 1932 y revisada en 1943), *An Organic Architecture* (1939), *An American Architecture* (1955), *A Testament* (1957), *Modern Architecture. Being Kahn Lectures* (1931), *On Architecture* (1941), *In the cause of Architecture* (colección Ensayos de Architectural Record 1908-52) y el que nos ocupa, *The future of Architecture* (1953).

El libro está estructurado en seis partes, algunas de las cuales, a su vez, están formadas por apartados diferenciados. Se abre con “Una conversación” mantenida con Hugh Downs y continúa con “Algunos aspectos del pasado y presente de la arquitectura moderna”, que son las seis conferencias impartidas en Princeton durante 1930. Acto seguido nos encontramos con las que impartió en el Instituto de Arte de Chicago en 1931, agrupadas en “Dos conferencias sobre arquitectura”, y con las cuatro veladas de 1939 en Londres conocidas como “Una arquitectura orgánica”. A continuación, se presenta “Algunos aspectos del futuro de la arquitectura” como colofón natural de una publicación que comenzaba hablando sobre el “pasado y el presente de la arquitectura”. El libro concluye con “El idioma de una arquitectura orgánica”, donde enuncia y explica las nueve palabras que sintetizan su idea sobre la arquitectura. En todos ellos, y especialmente en las transcripciones de las conferencias, Wright manifiesta su personalidad fuerte, segura, un poco altiva y, a veces, agresiva con la audiencia. No tiene reparos en atacar al país que lo acoge, como en el ciclo de charlas en Londres, por su arquitectura o su colonización cultural, o en negarse a responder a preguntas que considera inapropiadas. Demuestra ser un hombre de ideas claras, principios rigurosos, profundas convicciones religiosas y poco dado a contemporizar, sea cual sea el foro.

Cabría pensar que el contenido del libro es heterogéneo y diverso, atendiendo a un marco temporal amplio que abarca prácticamente una década. Sin embargo, los temas tratados son relativamente homogéneos y podríamos resumirlos en cuatro, que explicaremos brevemente: la crítica a los estilos del pasado, la crítica a la máquina, tanto estética como productiva, la necesidad de una transformación social y, por último, la defensa de la arquitectura orgánica como única apuesta válida de presente y futuro.

La *crítica a los estilos del pasado* es recurrente a lo largo de todo el libro y se realiza en términos de comparación entre lo viejo y lo nuevo, entre el pasado y el futuro, incluso entre lo propiamente americano y

lo importado. Para Wright, la arquitectura clásica de Grecia y Roma, el gótico y cualquier estilo del pasado hasta el Renacimiento es original y respetable. A partir de ahí, considera que la arquitectura es decadente, especialmente en Estados Unidos, donde han sido invadidos bien por réplicas de arquitecturas europeas, bien por interpretaciones de una tradición que les es ajena. Llega incluso a hacer una correlación entre la arquitectura académica o “de los estilos” con lo antiguo, la sociedad feudal y Europa, en claro contraste con la arquitectura orgánica moderna, la sociedad democrática y los Estados Unidos, a los que él se refiere como Usonia.

La *crítica a la máquina* también sobrevuela constantemente su discurso. No es únicamente una confrontación estética y teórica con los europeos, especialmente con Le Corbusier, sino, sobre todo, un alegato contra la mecanización de la sociedad, que está sometida y deshumanizada. Porque la máquina no puede dictar las formas de la arquitectura, ni puede esta reducirse a simple función, ya que la arquitectura es espíritu, es corazón. De ahí la referencia a la arquitectura japonesa como ejemplo de espiritualidad y plástica integradas en un espacio fluido.

Precisamente esta contraposición entre máquina y vida es lo que le lleva a defender una *transformación social* que tiene múltiples derivadas: una sociedad plenamente libre, democrática, un capitalismo donde el dinero sea para comerciar y no para especular, o una huida de las ciudades para colonizar el territorio a través de la propuesta *Broadacre*, que conduciría a una sociedad igualitaria y, en algunos aspectos, autosuficiente. También afectará a la educación del arquitecto, quien dejaría de construir armazones y gastar dinero en decoración impostada para aprender la arquitectura verdaderamente americana, la arquitectura orgánica.

Y este es el concepto clave que impregna todo el libro: la definición, difusión y defensa de la *arquitectura orgánica*. Es la solución a la pérdida de valores e identidad de la arquitectura de su tiempo, ya que está plenamente enraizada en el lugar, resuelve la falta de una propuesta que atienda a la idiosincrasia americana, supera las ideas de descomposición y adición de las vanguardias europeas y está basada en el espíritu y la vida. Subyace una voluntad de *integración*, desarrollada en la relación con el suelo, los materiales, el espacio y los elementos constructivos que definen el lenguaje, los usuarios o la función. De hecho, proclama que la forma ya no debe seguir la función, sino que “*la forma y la función son una*”.

El futuro de la arquitectura, desde la óptica del maestro americano, se comienza a afrontar desde el presente. En la tercera velada de Londres afirma que “*el futuro que vemos es nuestro presente*”, porque la arquitectura debe mirar al futuro desde la acción en el ahora. Es decir, tenemos en nuestras manos la capacidad de decidir qué futuro tendremos si empezamos ya a construir, en toda la amplitud del término, la sociedad y la arquitectura que queremos.

De hecho, Wright pasó toda su vida intentando materializar aquella idea, contribuyendo con cada obra a hacerla realidad y mostrar el camino a seguir al resto de arquitectos. Hay que conocer las raíces y respetar el suelo sobre el que vivimos y erigimos los edificios, hay que controlar a la máquina y hay que cuidar el espíritu para impulsarnos hacia el futuro. Su diagnóstico sobre su presente es negativo y la única forma de sanarlo es actuar sin demora. La solución no puede darse en el futuro, porque ya será tarde. La arquitectura del futuro se debe proyectar en el presente y su nombre es arquitectura orgánica. Esta aglutina los principios éticos y arquitectónicos del maestro, los integra y reconcilia con el ser humano. Aquella era su respuesta, su propuesta de presente para un futuro que hoy ya es nuestro presente.

De modo que, volviendo a la misma cuestión que formulara Wright en las conferencias de Princeton de 1930, cabe preguntarse: “*¿Y ahora, qué arquitectura?*” ■